

Nuestros compañeros, que se habían alejado un poco para admirar el panorama en todas sus formas dando la vuelta al Montné, nos despertaron de nuestra contemplación.

A poco rato estábamos en camino para bajar por el desfiladero de Pierrefitte y el valle de Arboust. A las once de la mañana estábamos de vuelta en Luchón.

XXVII

Estaba todavía bajo la influencia del encanto de aquel hermoso paseo y de las horas transcurridas cerca de la condesa X..., impregnado en mis queridos recuerdos vacilaba ir á casa de Domenil como le había dicho. ¿Qué beneficio me podría resultar de sus confidencias? Uno sólo: el que tomaran fuerza ciertas suposiciones que me había hecho respecto del Conde y que podrían explicarme la conducta de su mujer.

Esto sería una victoria para mi amor propio; pero sería también un golpe para mi amor, puesto que ya no podía caberme duda alguna.

Desgraciadamente en Luchón se vive al aire libre en un espacio reducido y por lo tanto son muy frecuentes los encuentros. La primera persona que encontré á eso de las tres de la tarde en que salí del hotel, fué á Domenil, que se me acercó con aire de alegría, para decirme:

— Amigo mío, el conde de X... merece vuestra protección, es un hombre adorable, y puesto que no habéis venido á verme, me felicito por haberos encontrado y poder hacer su elogio... Pero, ¿qué tenéis? ¿Os causa tristeza mi dicha? A vos, sin embargo, es á quien la debo.

— Os equivocáis, me apresuré á responder. Tomo parte en vuestra alegría. ¿Habéis quedado contenta verdaderamente?

— Contentísima.

— ¿Bajo todos conceptos?

— ¡Todos! Es completo. Adios; me voy porque me esperan en casa.

— ¿El?

— No.

— ¡Ya!

Domenil no oyó mi última palabra: tal era la prisa que tenía por dejarme.

Permanecí solo, de bastante mal humor. ¿Por qué? ¿No debía por el contrario haberme alegrado? Todas las gratuitas suposiciones que había hecho respecto del Conde y sobre la Condesa acababan de desvanecerse y para ello había sido bastante una palabra de Domenil: esto era innegable; pero me disgustaba mucho saber que el marido de la que yo amaba era un hombre adorable como amante, hasta para una mujer que, como Domenil, por sus recuerdos y las numerosas comparaciones que podía hacer, era perita y difícil de contentar. Estaba furioso contra aquel hablador, aquel fanfarrón que estaba á la altura de sus fanfarronadas. Para terminar: informado de

los méritos del marido, los cuales no podía poner en duda, estaba celoso de él.

Con tan mala disposición de ánimo, me fui á casa de Lina de B..., que debía haber recibido las confidencias de Domenil y era demasiado mujer para alegrarse sin reserva de la dicha de una amiga. Mi mal humor se consolaría con el suyo y mis celos encontrarían un desahogo.

— Acabo de separarme de Domenil, dije abordando la cuestión inmediatamente, y me ha parecido que está muy contenta.

Lo estará lo menos, me respondió con una burlona sonrisa que prometía mucho.

— ¿Verdaderamente el Conde tiene tan buenas cualidades?

— Al menos tiene la de ser generoso.

— ¡Ah! ¿Ha tratado ya la cuestión?

— Inmediatamente.

¿Y á cuánto llega su generosidad?

— A diez mil francos, amigo mio. ¡Sí, diez mil francos! ¡Qué suerte se necesita! Cuando pienso que C..., siendo banquero,

¡no me dió tanto después de unas relaciones de seis meses! ¿Qué tiene de particular Domenil? ¡Si fuese la verdadera! Vamos á ver, en confianza, ¿no valgo tanto como ella?

— La superas, querida amiga mía, me apresuré á responder.

Como había previsto, la envidia había penetrado en su corazón é iba á entregármela.

En tono indiferente, como si no le diese importancia, y encendiendo á la vez un cigarro, añadí :

— Diez mil francos es mucho; abusa de su fortuna y perjudica al oficio. No me extraña que ella haga su elogio.

— No lo haría yo á ese precio, dijo Lina bruscamente.

— ¡Cómo! ¿Acaso no merece lo bien que ella habla? pregunté quizás con alguna precipitación.

Guardó silencio arrepentida sin duda por lo mucho que ya había hablado. En el mo-

mento de hacer traición á la confianza de su mejor amiga, sentía remordimiento. Pero mi curiosidad debía vencer su pudor, y no podía consentir que se detuviese en el camino de unas confidencias tan preciosas para mí. La interrogué con mucha habilidad recriminándola por tener secretos para mí, estimulé su envidia, y al cabo de una corta lucha, después de hacerme jurar que guardaría silencio y no la haría traición, vino á confesarme que el Conde se había mostrado tan generoso para que Domenil hiciera buenas ausencias de él en lugar de hablar mal.

— ¡Mal! repetí. ¡Pues qué! ¿no tiene las buenas cualidades con que él se adorna y que ella proclama hoy?

-- Ninguna sería mucho decir, contestó Lina, y por el contrario, tiene varias; pero son cualidades que hacen mucho más sensibles las que no tiene. En el principio se manifiesta como un cumplido amante. Tiene para seducir dulces palabras, deliciosos

besos, adorables caricias y verdaderas coquetterías de mujer, llegando á excitar la imaginación; pero llega aquí solamente y no puede calmarla.

— ¿De verdad? ¿Será acaso desconfiar muy pronto?

— No; se está ya demasiado interesada en la cuestión para alarmarse tan pronto. Se lucha con ardor, con inteligencia; se recuerdan sus dulces palabras, sus tiernos besos para volvérselas á decir y para devolvérselos.

— ¿Y qué más?

— ¡Qué más! Trabajo inútil; lo que se había inflamado no reinflama; no hay ternura que pueda vencer su frialdad.

— ¿Frialdad accidental?

— No, frialdad crónica.

— ¿Qué sabes tú de eso?

— Una frialdad tan persistente y que Domenil no ha podido romper, encariñada como estaba, no es accidental.

— Es decir, que el Conde sabe hace

mucho tiempo á qué atenerse. Si es así, mucho me admiro de que se exponga á una derrota acostumbrada y cierta.

— Te olvidas de que hace ya algún tiempo rehuía una entrevista, y que si ha ido á casa de Domenil ha sido casi á la fuerza, y con la esperanza de que ésta le guardaría el secreto, seducida por su generosidad. A nadie se lo ha dicho más que á mí.

— Entonces ¿por qué se ha manifestado al principio un amante tan tierno, y por qué le ha hecho concebir unas esperanzas que eran irrealizables?

— Porque quizás él mismo conserva una vaga esperanza hasta el último momento. Cree que de el deseo que provoca en nosotras, va á nacer el deseo de él.

Había sido informado de todo cuanto quería saber, y me despedí de Lina.

XXVIII

Al fin había descubierto el movil del crimen. ¿De qué manera había yo llegado á concebir mis primeras sospechas, que me habían permitido seguir el buen camino? Si me hubiese encontrado delante de uno de esos hombres imberbes, de rostro terso y atiplada voz, que miran á las mujeres de reojo, huyendo su trato y hasta el de hablar de ellas, naturalmente me habrían ocurrido estas suposiciones. Pero el Conde tenía todas las apariencias de completa virilidad,